

De 0 a 6 años

Manu y Gus

Un cuento escrito por BEATRIZ BERROCAL
ilustrado por ALICIA C. CORTÁZAR,
al que MAGDA LABARGA ha puesto voz.





Manu y Gus

Sabes, Gus? Hoy estoy enfadado con mamá, sí, pero que muy enfadado. ¿Los cachorritos de perro labrador tenéis mamá? Seguro que sí, claro, pero estará en la huerta labrando, porque será una mamá labradora.

¿Que por qué estoy enfadado con la mía? Pues porque quiero que me lleve al parque con la bici y hagamos carreras, como otros días y no me hace ni caso.

Hoy se ha pasado el día tumbada en el sofá y eso no me gusta nada, porque a los niños de cinco años y pico nos gusta salir a correr y subirnos a los toboganes y que nos den muy fuerte en los columpios, para llegar hasta el cielo, como hacemos

otros días, que me da fuerte, fuerte y me mondo de risa porque me entran en el estómago unas cosquillas tremendas que me hacen reír sin parar.

Pero dice que hoy no puede ser, y eso me joroba, porque así no vale.

¿Te acuerdas cuando montábamos el tren eléctrico en el salón y se tiraba al suelo conmigo para poner las vías? Y hasta me ponía una gorra del abuelo que fue jefe de estación de verdad. Me tapaba los ojos enteritos porque me queda muy grande, pero mamá se reía mucho y nos lo pasábamos muy bien.

Hoy le dije que si no me llevaba al parque, podíamos montar el tren, pero otra vez me ha dicho que no, que hoy no puede.

¿Qué pasa, Gus? ¿Es que hoy no puede hacer nada o qué?

¡Pues vaya vacaciones de verano! Así no mola nada estar sin colegio...

—A ver, Manu— me dice papá cuando llega de trabajar y me encuentra con un poco de morro— ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué tienes esa cara?

—Estoy muy enfadado porque mamá hoy no me ha hecho ni caso.

Sí, Gus, se lo digo así de clarito para que se entere bien enterado.

—¿Cómo que mamá no te ha hecho caso? — dice papá frunciendo un poco las cejas— Eso no puede ser, mamá siempre está pendiente de ti.

—Pues hoy, no, papá, hoy no ha querido jugar nada conmigo, ni a trenes ni a bicis, y eso está muy mal hecho ¿A que sí, papá?

Entonces, Gus ¿sabes lo que ha hecho? No te creas que me ha dicho “pobrecito”, ni nada de eso, qué va. Ha cogido y se ha ido derecho para el sofá donde estaba mamá, yo creía que para regañarla un poco por lo que le había contado, pero no, nada de eso, ha llegado a su lado y la ha llenado de besos.

¡Anda! ¿Tú entiendes algo, Gus? Yo tampoco.

–¿Qué pasa, cariño? ¿Estás peor? – le ha dicho a mamá mientras la abrazaba con esos brazos enormes que tiene papá.– Bueno, mujer, no te preocupes, ya verás como se te va a pasar enseguida. ¿Tomaste el calmante? Pues ya está, ya sabes que después de estos días malos, vendrán otros mejores... Anda, cielo, no te pongas triste. ¿Llamaste al trabajo? Por el niño no te preocupes, ahora juego yo con él un rato, tú descansa que ya verás como dentro de un rato te encuentras mejor.

“¡Por el niño no te preocupes!” Te lo prometo, Gus, que le ha dicho “Por el niño no te preocupes”, que lo he oído yo, y me he quedado pasmado. Pero ¿cómo que no se preocupe por el niño, que soy yo? Entonces ¿de quién tiene que preocuparse si no hay nadie más en la casa? Bueno, perdona, Gusito, no te enfades, ya sé que también estás tú, pero a ti te cuido yo.

–¡Manu!– escóndete, Gus, seguro que papá me llama para ducharme y hoy no tengo ganas– Ven aquí, hijo, ¿a qué te apetece jugar?

¡Ostras! Vamos, aprovecha que a lo mejor hoy se ha olvidado de la ducha.

¿A qué queremos jugar, Gus? ¿Le digo a las piezas? No, le digo a coches.

No, no, le digo a los monstruos. ¡Ay, no, no, ya sé! Le digo a pintar, que pintar uno solo es un poco rollo, pero con alguien mola mucho.

–¿Pintamos, papá?

–¡Perfecto! ¿Qué quieres pintar? ¿Alguno de los libros de dibujos que tienes? Mira, ¿terminamos este que ya está empezado?

–Vale, ya le queda poco, porque mamá y yo hemos pintado muchos hoy.

—¡Vaya! Pues sí que os han quedado bonitos. ¿No decías que mamá no te había hecho ni caso?

—Digo de jugar o de ir a la calle. De pintar sí que me ha hecho caso, eso sí.

—¿Sólo de pintar?

—Bueno, también hemos leído muchos cuentos.

—¿Y nada más?

—Hemos visto una peli de dibujos, y hemos cantado canciones, pero sólo eso.

—¡Vaya! Sólo eso. ¿Y no te ha puesto el desayuno, ni la comida? Debes de estar muerto de hambre, cariño.

—¡Sí! Claro que sí, y también hicimos un bizcocho de chocolate y unas tortitas con azúcar, te hemos dejado unas pocas, mira.

—¡Tienen una pinta estupenda! Veo que habéis hecho muchas cosas juntos, no entiendo entonces por qué estabas tan enfadado con ella.

—Porque no me ha hecho caso de la calle, de los otros casos sí, pero de la calle y del tren eléctrico no. ¿Pintamos o qué?

—Sí, vamos a pintar, venga, yo empiezo por este lado y tú por ese ¿vale? Verás qué bonito nos va a quedar.

Gus, tú no puedes pintar porque los perritos labradores no pintan, ya te llevaré yo un día al campo para que labres allí todo lo que quieras ¿vale?

—Mira, Manu, quiero explicarte por qué mamá hoy no ha podido hacer contigo las mismas cosas que otros días.

—Pero dijiste que íbamos a pintar.

—Y podemos ir pintando y hablando ¿no te parece?



Me parece que me quiere liar, eso es lo que me parece, pero bueno, le voy a dejar que hable porque yo puedo pintar y escuchar a la vez, pero no sé si él podrá hablar y seguir pintando, a lo mejor le sale un churro.

—Verás, hijo, mamá está un poco malita hoy y por eso ha tenido que tomarse una medicina y acostarse un rato para que se le pasase el dolor.

—¿El dolor de qué?

—El dolor de todo, porque hay días en los que le duele todo un poco: la cabeza, la espalda, las piernas, los brazos, aunque luego se le pasa, no tienes que preocuparte.

Se me queda mirando, el caso es no pintar, pero yo no paro, porque no quiero oírle, no me gusta ni un pelo lo que me dice. ¿Por qué tiene que estar mamá malita? No quiero, no me apetece, hala.

—¿Y por qué cuando yo estoy malo me lleváis al médico y ella no va?

—Sí que va, cariño, ya ha ido al médico otros días y le ha puesto esa medicina para que se mejore, pero tendrá que volver más veces porque esto no es como un catarro que se cura y ya está, esto tarda un poco más ¿me entiendes, hijo?

Me está quedando un gato precioso, lo he pintado de rojo. ¿Has visto alguna vez un gato rojo, Gus? Yo tampoco, pero ¿y qué? Es mi gato y lo pinto como quiero.

—Pues la mamá de Juan una vez estuvo mala y se curó, y además, tenía una herida y llevaba un brazo vendado, pero mamá no tiene ninguna herida, yo no veo que esté mala.

—A ver, Manu, hay veces que las cosas se ven, y otras que están por dentro, y entonces no se ven, pero eso no significa que no estén ahí.



—¿Y por qué no le hacen una fotografía de esas en las que te ven los huesos como si fueses la bandera de un barco pirata? A mi profe de música un día le hicieron una de esas y nos la enseñó, se le veían los huesos de la mano y así pudieron curarla.

—Pero es que lo de mamá no sale en esas fotografías, no puede verse, pero está ahí.

—Pues vaya un rollo. ¿Y por qué no le dan otra medicina que la cure más? Ella me da a mí unos jarabes que saben horribles hasta que me pongo bueno.

—La medicina que está tomando es buena, hijo, lo que pasa es que no la cura del todo, del todo.

Mira Gus, yo ya he terminado mi parte del gato rojo y papá todavía no ha terminado la caseta, te lo dije, se pone a hablar y deja la pintura en la mesa, no puede hacer todo a la vez, pero yo sí ¿a que sí? ¿A que me está quedando guay?

—Hay otra medicina que puede curar a mamá.

—¡Jo! Pues vete a la farmacia de Rosa y se la compras.

—Es que esa medicina no se vende en las farmacias, Manu.

Mira Gus, le voy a poner el rabo de este rojo más rojo todavía. ¡Cómo mola! Parece un diablillo ¿verdad? ¿Le ponemos unos cuernitos pequeños? ¿Vale que era un diablillo bueno?

—¿Y dónde la venden entonces?

—No la venden, la tenemos nosotros en casa y se llama cariño. Con nuestro cariño mamá se puede mejorar mucho, si la cuidamos, si la recordamos cuánto la queremos, si procuramos no enfadarnos con ella porque un día se encuentre un poco peor, seguro que pronto se le va a pasar el dolor.

–¿Y ya no dirá más “menuda vida” y se le pondrá la cara más “alegrada”?

–Claro que sí, se le pondrá la cara como ella la tiene, alegre y sonriente.

–Ah, vale.

¿Le has oído, Gus? Pintar, no ha pintado casi nada, pero ha dicho unas cosas importantes que yo no sabía y tú tampoco ¿a que no?

–¿Y por qué no me habías contado eso antes?

–Mamá no quería que te preocupases por ella, pero yo creo que ya puedes entenderlo, eres muy mayor.

Claro que soy mayor, tengo cinco años y pico, así que puedo entender muchas cosas si me las dicen, claro, porque si no, me enfado, como hoy.

–¿Y por eso mamá no ha montado en la bici como otras veces? ¿Porque le dolían todas las partes del cuerpo humano?

–Sí, hijo, por eso, porque le dolían todas las partes. Pero ha hecho muchas otras cosas que sí que podía hacer: te ha contado cuentos, ha pintado contigo, habéis visto una peli juntos...

–Y hemos cantado... Canta mal, pero bueno, eso le pasa también otros días...

–Fíjate qué de cosas puede hacer aunque le duela algo, no creo que haya que enfadarse con ella porque un día no pueda montar en bici o poner el tren eléctrico, eso se puede hacer mañana o pasado, pero a ella tenemos que cuidarla hoy.

–Porque somos los hombres de la casa, como dice la abuela Luisa.

–No somos los hombres de la casa, somos la familia de la casa y nos tenemos que cuidar cuando no nos encontramos bien.



Sí, Gus, ya lo sé, he dejado de pintar yo también, pero es que papá dice unas cosas que me dejan la mano medio tonta y no puedo seguir pintando. A lo mejor no me entiendes porque al ser un cachorrito, hay cosas que no entrarán en tu cabeza, pero es que resulta que se me ha quitado el enfado y me he convertido en un niño “desenfadado” porque me está empezando a parecer que hoy no lo he hecho muy bien.

–Oye, papá, ¿tú crees que mamá estará enfadada conmigo por no haberla cuidado bien hoy?

–No creo, hijo, pero puedes ir y preguntárselo.

–Vale, voy.

Gus, ven conmigo, el gato rojo lo podemos terminar mañana, pero a mamá hay que cuidarla hoy, porque somos una familia, Gus, tú también eres familia, aunque seas un poco animal, o sea, un poco perro, también eres de esta familia.

Mamá está leyendo en el sofá, ya no está tumbada, se ha sentado y tiene las piernas tapaditas con la manta azul. Gus y yo nos acurrucamos a su lado y ella estira la manta y me tapa las piernas a mí también.

Está leyendo un cuento sin dibujos, llenito de letras por los dos lados, no sé cómo puede leer una cosa tan aburrida, así no creo que se mejore.

Voy corriendo a la cocina, papá está haciendo la cena, ya sabía yo que no iba a pintar casi nada. He cogido mi gato rojo para enseñárselo a mamá, es mucho más bonito que el cuento ese que lee. Gus corre detrás de mí, da todos los pasos que doy yo y me entiende ya todo lo que le digo.

—¡Es precioso, Manu! ¡Un gato rojo con cuernos! ¿A que es un diablillo? Un diablillo bueno, por supuesto, porque mira la carita que tiene, no puede ser malo.

¿Se lo has dicho tú, Gus? ¿No? Pues yo tampoco. Lo que pasa es que mamá siempre ve lo que pinto, siempre lo entiende todo.

Le doy un beso, tiene la cara un poco fría. Le toco la punta de la nariz. No falla, cuando mamá tiene la punta de la nariz fría es que tiene frío desde la cabeza hasta los pies, así que le coloco bien la manta y le froto las manos.

¿Sabes lo que podemos hacer, Gus? Vamos a soplarle un poquito en la nariz, así, los dos juntos. A veces jugamos a eso, le soplo aire y así se le calienta, como si yo fuese una estufa calentadora de narices. Hoy puedes jugar tú también, te invito a un rato de madre ¿vale?, porque no sabes lo que te pierdes sin ella, no es labradora como la tuya, es de los bancos y eso, pero bueno... Ven con nosotros, Gus, coge aire y sóplale en la nariz, verás cómo le gusta. ¡Hala, pero no vale pasarle la lengua por toda la cara, sólo es soplarle un poco la nariz!

—¿A que ya estás mejor, mamá?

—¡Mucho mejor, tesoro, mucho mejor!

—Gus y yo te hemos curado con el jarabe de cariño y se te ha puesto mejor tu cuerpo humano ¿a que sí?

Le da un poco la risa, mamá se ríe muy bien, y está mucho más guapa con esta cara que con la otra ¿no te parece?

—Sí, cielo, ya tengo mejor mi cuerpo humano, es verdad.



—Es que yo no sabía que estabas mala de una cosa que no se ve, porque como no se ve, no puedo verla, y claro... Tiene que dar mucha rabia que no se vea ni en las fotos de huesos ¿a que sí?

—Da una rabia tremenda, hijo mío, tienes mucha razón.

—Pero no te preocupes, mamá, tienes que estar tranquila porque Gus y yo te vamos a cuidar, además no pasa nada porque hoy no montes en bici, mañana montarás dos veces y ya está.

—Vale, vale, no se me va a olvidar.

—Además, ya sabes que tienes unos días peores y otros más peores todavía, que se lo he oído a papá... ¿O no era así? No, eran malos y peores. No, no, eran... Gus ¿tú te acuerdas cómo era? No, mamá, Gus tampoco se acuerda, pero vamos, que no te preocupes, que nosotros te vamos a cuidar todos los días de tu menuda vida, por si acaso, y ya está. ¿Te soplo? ¿Te soplamos otro poco?

—No, hijo, no, no hace falta que me soples más, tranquilo. Y tú también tranquilo, Gus, ya estoy mucho mejor. Es muy bueno el jarabe este de cariño.

—Y no sabe tan malo como los que me das tú.

—¡A cenar!— dice papá desde la cocina— Vamos, Gus, te dejo que te coja mamá porque yo ya no soy un cachorro. Como tiene dos manos, una para cada uno ¿vale?

—Mamá, tienes mucha suerte de tener dos manos.

—Pues sí, hijo, la verdad es que sí, Y también mucha suerte de tenerte a ti.

—Y a Gus. ¿A que sí?

—Claro que sí, y a Gus también.